

# Los españoles ante la Segunda Guerra Mundial

## Políticas y recuerdos

Antonio Manuel Moral Roncal

Francisco Javier González Martín (Coords.)







# Los españoles ante la Segunda Guerra Mundial. Políticas y recuerdos

**UAH** MONOGRAFÍAS  
HUMANIDADES 59



# Los españoles ante la Segunda Guerra Mundial. Políticas y recuerdos

Antonio Manuel Moral Roncal  
Francisco Javier González Martín (Coords.)



Universidad  
de Alcalá

SERVICIO DE PUBLICACIONES

El contenido de este libro no podrá ser reproducido,  
ni total ni parcialmente, sin el previo permiso escrito del editor.  
Todos los derechos reservados.

© Universidad de Alcalá, 2015  
Servicio de Publicaciones  
Plaza de San Diego, s/n  
28801 Alcalá de Henares  
[www.uah.es](http://www.uah.es)

I.S.B.N.:978-84-16133-89-5  
Depósito legal: M-36442-2015

Composición: Solana e Hijos, A. G., S.A.U.  
Impresión y encuadernación: Solana e Hijos, A.G., S.A.U.  
Impreso en España

## ÍNDICE

|                                                                                                      |     |
|------------------------------------------------------------------------------------------------------|-----|
| Antonio Manuel Moral Roncal y F. J. González Martín                                                  |     |
| <i>Introducción</i> .....                                                                            | 9   |
| Rosario Ruiz Franco                                                                                  |     |
| <i>Mujeres para el frente ruso: la Sección Femenina de Falange y la División Azul</i> .....          | 19  |
| Antonio Manuel Moral Roncal                                                                          |     |
| <i>Bases partidistas, élites neutrales. El carlismo ante la Segunda Guerra Mundial</i> .....         | 45  |
| Álvaro de Diego González                                                                             |     |
| <i>El desenganche falangista de la ideología del Eje</i> .....                                       | 77  |
| Francisco Javier González Martín                                                                     |     |
| <i>Cultura y Acción. La División Española de Voluntarios entre la historia y la literatura</i> ..... | 99  |
| Antonio Cañellas Mas                                                                                 |     |
| <i>Roma en guerra: vivencias de un profesor universitario español</i> .                              | 131 |
| Ricardo Colmenero Martínez                                                                           |     |
| <i>Un asunto pendiente con la historia: cine y División Azul</i> .....                               | 163 |



## INTRODUCCIÓN

La guerra es un fenómeno con muchos rostros, especialmente cuando la analizamos desde la perspectiva del tiempo; de manera que, cuanto más reciente se sitúa, menos podemos observar— desde una visión circunspecta y desapasionada— su importancia y significado. Menos aún una guerra civil, al igual que esas filas de árboles adelantadas que nos impiden observar la profundidad del bosque, metáfora que no podemos menos que relacionar con *Los caminos del bosque* (1950) de Martin Heidegger, si el lector permite la comparación, para indicar esa variedad de contenidos, trayectorias y recorridos, así como su complejidad. La idea de «guerra civil europea», en el que se introduce el conflicto español de 1936, su posguerra y el último conflicto mundial, es un concepto que ha desarrollado una corriente historiográfica destacada, en la cual han participado desde Enzo Traverso<sup>1</sup> a Stanley G. Payne<sup>2</sup> o José Luis Comellas<sup>3</sup>, sin recabar en todos los resultados, enseñanzas o consecuencias, más allá de la lucha política de clases o de los odios ideológicos o raciales en que se centra tal teoría, que bascula entre la mitificación y la desmitificación.

---

<sup>1</sup> E. TRAVERSO, *Europa a Sangre y fuego. De la Guerra civil europea (1914-1945)*, Valencia, Publicaciones de la Universidad de Valencia, 2009. Realmente el concepto fue ideado por el diplomático y escritor K. M. Panikker en *Asia and Western Dominance 1498-1945*, Oxford, University Press, 1955, desarrollando un término recogido en el curso de la London School of Economics denominado: *European Civil War: 1890 to 1990* (*Guerra Civil Europea: 1890 a 1990*). Spencer M. Di Scala, de la Universidad de Massachussets (Boston), aceptó 1945 como fecha final, pero hizo retroceder el inicio del conflicto a 1917, con el estallido de la Revolución y la Guerra Civil Rusa.

<sup>2</sup> S. G. PAYNE, *La Europa revolucionaria. 1914-1945*, Madrid, La Esfera de los Libros, 2013.

<sup>3</sup> J. L. COMELLAS, *La guerra civil europea. 1914-1945*, Madrid, Rialp, 2005.

Por eso hablar de «guerra civil» como noción englobadora tiende a ser un simple reduccionismo cuando se analiza el periodo 1914-1945, una tendencia minoritaria que se ha reavivado en los últimos años. Este paréntesis de tiempo es un marco temático que abarca asuntos tan diversos como los que muestra el presente tomo dentro de sus naturales límites editoriales, desde aspectos políticos a culturales, la mentalidad o las formas de vida, las ideologías en litigio entre combatientes y civiles que ofrecen su propia diversidad; otros caminos dentro de este gran bosque de la historia contemporánea. De un lado representa una continuación temática del volumen anterior *España y la Segunda Guerra mundial. Otras visiones del conflicto* que publicamos los mismos coordinadores que suscribimos la presente edición, con importantes variaciones metodológicas referidas a la literatura, a los cambios de mentalidad o introduciendo temas como la participación femenina y la sanidad, tema del capítulo desarrollado por Rosario Ruiz Franco «Mujeres para el frente ruso: la Sección Femenina de Falange y la División Azul».

Sin pretender hacer una filosofía de la historia, cabe una reflexión ética sobre los altos valores que intentaron desarrollar los seres humanos de aquel tiempo (lealtad, abnegación, patriotismo, unidad, intentos de lograr mayor justicia social o solidaridad) y su consecución, a través de un acercamiento entre historia y filosofía, a la par que entre historia y literatura como forma de expresión y testimonio del momento histórico. Estos aspectos quedan en parte reflejados en el capítulo dedicado a la relación entre «Cultura y acción. La División española de voluntarios entre la Historia y la Literatura» que estudia Francisco Javier González. El odio o el rechazo hacia este periodo de aquellos autores que no vivieron la guerra civil, ni la guerra mundial— ni aun el franquismo— tratando de demonizar, no obstante, ambos contenidos en una sola cuestión, ha configurado un tópico fácil de creer dentro de un acuerdo tácito, en el que no se encuentra sola la historiografía progresista sino todos los que se sitúan en el antifascismo, por temor a calificaciones culturales.

En este consenso no sólo se omiten las causas o se mutilan los resultados de tales fenómenos históricos que han configurado el Estado español, sino que aparece otro prejuicio, como es el de analizar si los conflictos español y mundial sirvieron para que, España de un lado y el mundo por otro, entraran de forma definitiva en el siglo XX, en una rápida marcha hacia la modernidad. Ya que se afirma actualmente que las supuestas bondades del progreso y de la posmodernidad de nuestro mundo actual se consolidaron a partir estos años conflictivos<sup>4</sup>,

---

<sup>4</sup> X. M NÚÑEZ XEIJAS, *Las utopías pendientes*, Barcelona, Crítica, 2015.

en una lucha entre utopías que supuso el declive de la hegemonía europea. Cabe pensar si a los tradicionales rasgos de progresismo se pueden contraponer en una visión general, más sólida, por la que los individuos se vieron arrastrados a un destino o a una meta general. Ambos conflictos, la guerra civil y la mundial produjeron en cualquier caso un cambio global radical, un antes y un después<sup>5</sup>. Por ello resulta atractivo analizar si el sentido general y la concreción de términos tan abstractos (utopismo, progreso) tienen su correspondencia con la realidad histórica y su evolución, si el esfuerzo y dolor colectivo favorecieron la cimentación de estos conceptos, como señalan desde Gianni Vattimo<sup>6</sup> o Jünger Habermas<sup>7</sup> a Octavi Fullat<sup>8</sup> dentro de lo que, aun, se considera Historia contemporánea, a pesar de los múltiples intentos de denominarla de otra manera.

Analizar las injusticias de forma parcial, en el genocidio, en las matanzas, resulta, sin duda, un problema humano, pero visto en perspectiva no es lo único, ni siquiera lo más importante, fuera de la propaganda, de la insistente repetición sobre la supuesta perversión de unos regímenes respecto de otros durante los convulsos años treinta y cuarenta. Las violencias colectivas en la historia son instrumento de transformación social, lo cual conlleva víctimas y sacrificios. Hoy que es preciso maquillarlo todo para no herir los sentimientos de nadie, la verdad se muestra aun más cruda. Quienes apuntan lo contrario es porque persiguen otra verdad distinta o inferior que quieren hacer pasar por superior, parafraseando a Hanna Arendt<sup>9</sup>, yendo más allá de su idea de «banalidad del mal» o de ese «a quien pertenece lo ocurrido»<sup>10</sup>.

---

<sup>5</sup> A nivel más bajo, el de las vidas individuales, hubo quienes lucharon en el bando republicano durante la guerra civil, en la División Azul durante la Segunda Guerra Mundial y sufrieron el gulag soviético finalmente, como se analiza en H. ALONSO, «José Ruano Ferrer, 11 años en el gulag», *Aportes. Revista de Historia Contemporánea*, 84 (2014), pp. 7-78; sin olvidar a los europeos que, luchando contra el fascismo y el comunismo terminaron recalando en España, contribuyendo a su desarrollo, como el caso estudiado por M. M. LÓPEZ TALAVERA, «Entre la ética y la política: Luka Brajnovic en la España franquista», *Aportes. Revista de Historia Contemporánea*, 81 (2013), pp. 191-210.

<sup>6</sup> G. VATTIMO, *La fine della modernità. Nihilismo e ermeneutica della cultura postmoderna*, Milan, Ed Garzanti. 1985.

<sup>7</sup> T. HABERLAS, *La lógica de las ciencias sociales*, Tecnos, 2001; tema que han estudiado entre otros K. S. Popper y Ferdinand Braudel. Ver J. M. SANTANA PÉREZ y A. PÉREZ RODRÍGUEZ, «Habermas. Modernidad y posmodernidad en la teoría de la historia», *Revista Vegeta*, 4 (1999), pp. 103-119.

<sup>8</sup> O. FULLAT, *El siglo postmoderno (1900-2001)*, Barcelona, Crítica, 2002.

<sup>9</sup> Citado por M. CRUZ, *Historia y acción*, Barcelona, Paidós, 1992, p. 5. Prólogo de Hanna Arendt.

<sup>10</sup> M. CRUZ CRUZ, *¿A quién pertenece lo ocurrido?*, Barcelona, Paidós, 1989.

Sobre todo y teniendo en cuenta que el desarrollo económico de posguerra originó un Estado social, e incluso el de Bienestar, tras las enseñanzas de las guerras mundiales, a lo que cabe añadir todos los avances científicos dirigidos a la seguridad y al confort.

La guerra aparece como un instrumento de cambio social y de mentalidad, de ruptura entre el pasado y apertura hacia lo nuevo; resulta pues un fenómeno revolucionario. La Segunda Guerra Mundial favoreció la entrada del ser humano en la era atómica, la era espacial, la descolonización, la penicilina y, por extensión, en la época de los grandes avances en biomedicina, la medicina preventiva y la vírica. ¿Fue mera coincidencia? ¿Cómo se puede convencer a alguien de que su padre fue fusilado en aras del progreso o que el sacrificio de una o varias generaciones resulta necesario para forjar un mundo mejor? Lo cierto es que nadie es capaz de tener conciencia de por qué ocurrieron estos sucesos, de ese origen, en un mundo en el que vivimos un hedonismo frívolo y vacío, asociado a nuestra mentalidad y no a la de aquellos años. No queremos con ello exponer que la guerra resulta ser algo bueno y necesario, no se trata de buscar justificaciones sino de iniciar la búsqueda de otro género de explicaciones. En alusión a la violencia como fórmula que adelanta sucesos y circunstancias alterando el curso o el ritmo «natural» de la Historia.

Jean Jaurès, el líder socialista y pacifista francés, expuso en su prólogo a *La Historia de la revolución francesa*, que la revolución era una «*forma violenta de progreso*», adelantando fenómenos posteriores, quedando en el aire la cuestión más importante: si era necesaria o no. ¿Resultaba, pues, precisa una guerra con su capacidad de horror para hacer despertar a la humanidad de sus letargos, de sus estancamientos con objeto de que se produjeran avances gigantes? Oswald Spengler antepuso el sentido dinámico de la cultura como instrumento de transformación de la historia frente a la idea de civilización, un concepto anquilosado, en su opinión, propio de países sin espíritu ni energía. También cuestionó a ese conjunto de soldados que se alzaba para salvar la civilización, cuando ésta se encontraba en peligro, una idea que caló en José Antonio Primo de Rivera, como se aprecia en su último *Epistolario* (1936). ¿Es la guerra, la única forma de medir las auténticas virtudes del ser humano, cuando se le prueba, en ese «*hasta donde puede llegar*» para el bien y el mal indistintamente? ¿Qué podemos recoger de sus enseñanzas?

Las guerras napoleónicas impulsaron el romanticismo, la formulación de la cultura decimonónica, nuevos modos de vida y costumbres. Cuando se habla con familiares que vivieron la guerra civil española y los cambios posteriores aparece en su lenguaje cotidiano la frase «*eso es de antes de la guerra*», o «*después de la guerra cambiaron las cosas*», en alusión a todo tipo

de aspectos. Actualmente un conflicto bélico es posible que no contribuya en una proporción singular o parecida a los que ocurrieron antes de la formación del Estado del Bienestar; es más, se evita el concepto guerra, por lo que resulta preciso soslayar el excesivo peso de nuestros condicionantes actuales para analizar aquellas pretéritas y ajenas al mundo actual. No podemos caer en la justificación del pasado visto desde el presente, ni reducirlo a estereotipos culturales, por escabroso que sea.

Situándonos en los tiempos de la Segunda Guerra Mundial ¿cómo se sintió arrastrada o impulsada por estos cambios la España de la posguerra? En septiembre de 1939, la juventud española pensaba que sus vidas se habían visto envueltas en una interminable tragedia. A muchos aún les atormentaba el olor a pólvora en las trincheras, la ausencia de familiares asesinados en retaguardia o muertos en los campos de batalla, el sonido de los últimos cañonazos escuchados en una guerra entre hermanos. Pero el torbellino de la locura volvió a estallar en una vieja Europa como escenario inicial. El amanecer de la Segunda Guerra Mundial desencajó la vida de numerosos españoles, especialmente de aquellos que debían cumplir el servicio militar. Hubo jóvenes que, tras combatir en la contienda, se vieron en la obligación de continuar en filas hasta tres años más.

Las mujeres también observaron esos peligros, al tiempo que escuchaban llamadas para su participación en el conflicto, de forma voluntaria muchas veces, tanto en las organizaciones femeninas de la Nueva España que emergía como en las que fomentaban la resistencia antifranquista. La mundialización de la guerra y la situación interna de la nación aún prolongaron más la movilización, de tal manera que, con un enorme contingente de tropas, los cuarteles acogieron multitud de reemplazos, que convivieron como pudieron, desde los más jóvenes— la quinta *del chupete*— hasta los más viejos, llamados la quinta *del saco*. La posguerra se abrió ante aquellos soldados con sencillos uniformes y el hambre por careta. Fue el servicio militar de los chuscos de pan, el tabaco de colillas y la tinta china por betún para las botas. El escalofrío de muchos, ante la posibilidad de entrar en guerra como consecuencia de los acontecimientos europeos, se confundió con el entusiasmo que mostraron quienes —fueran falangistas o antifascistas— observaron el conflicto como un trampolín para sus aspiraciones y realizaciones políticas.

Para muchos españoles, sin embargo, ese tiempo fue el de los años de reconstrucción y hambre, con el único consuelo de saborear una paz que, mientras el mundo expelía guerra, sobrevivía en el filo de una navaja. Acostumbrado a una guerra de posiciones fijas, sin grandes cambios estratégicos, el Ejército de tierra español, falto de la movilidad operacional de las unida-

des blindadas de las fuerzas alemanas o estadounidenses, carecía de experiencia en el terreno de las grandes operaciones combinadas de carros de combate e infantería, pues aquellos que se habían utilizado en la guerra civil pronto quedaron anticuados. Un hipotético conflicto armado contra las fuerzas blindadas europeas –fueran aliadas o del Eje– hubiera sido desastroso para España. No obstante, Madrid observó con sumo escepticismo y preocupación la desconcertante alianza entre la Alemania nazi y la Unión Soviética, aquel «*pacto con el diablo*»<sup>11</sup> que comentara Luis Carrero Blanco, dirigido a la invasión de una Polonia católica, ocupada y dividida por ambas partes ante la inicial desidia militar franco-británica, comenzando los preparativos diplomáticos y militares para responder a la nueva situación bélica. Se restablecieron las capitanías generales, a base de ocho cuerpos de Ejército en la Península y dos en el Protectorado de Marruecos, se creó la IX Región Militar y, en 1943, la primera división acorazada, dentro de las fuerzas de la reserva general.

Se tomaron medidas para hacer frente a una posible invasión de España por parte de las tropas alemanas reforzándose las cuatro divisiones de montaña desplegadas en los Pirineos, lo cual no fue óbice para intentar una modernización del armamento español adquiriendo material a la industria germana<sup>12</sup>. Paralelamente, fueron impulsadas cinco unidades mixtas de infantería y artillería para la defensa de los más importantes puertos de acceso al territorio: Bilbao, El Ferrol, Cartagena y Vigo. Además, se crearon nueve regimientos de caballería mecanizada y un batallón de zapadores-minadores, integrados en las fuerzas de la reserva general. Por ello, al final de la Segunda Guerra Mundial, España contaba con 250.000 soldados de tropa, 25.000 suboficiales y otros tantos jefes y oficiales. Unos efectivos entrenados en la medida de las posibilidades que ofrecía la posguerra, algunos con la experiencia de haber entrado en combate en el frente ruso, pero con un material militar ya anticuado, no renovado prácticamente en seis años, cuando la nación había contado con el apoyo de los gobernantes europeos derrotados en 1945.

---

<sup>11</sup> VV. AA., «España y la Segunda Guerra Mundial» en *Historia de la Segunda Guerra Mundial*, Madrid, Prensa española, 2000; asimismo, S. HAFNER, *El pacto con el diablo*, Madrid, Espasa Calpe, 2011.

<sup>12</sup> Asunto lleno de sorpresas como sugiere L. MOLINA FRANCO, «1943. Entre la estafa y el mito. Las negociaciones económicas entre Alemania y España para justificar el armamento enviado en el seno del programa Bär», *Aportes. Revista de Historia Contemporánea*, 85 (2014), pp. 133-156.

En el caso de la Armada española, compuesta inicialmente por seis cruceros, una veintena de destructores y cinco submarinos, pronto quedó claro a sus dirigentes que no constituían la fuerza naval que se necesitaba para proteger los intereses marítimos nacionales, tras una guerra fratricida, que había destruido los recursos del país y recibía por mar la casi totalidad de sus importaciones. El 8 de septiembre de 1939 se promulgó una ley que establecía la construcción de cuatro acorazados, dos cruceros protegidos, doce cruceros ligeros, cincuenta y cuatro destructores, treinta y seis torpederos, cincuenta submarinos, cien lanchas rápidas, buques auxiliares, pertrechos y repuestos. Un plan ambicioso capaz de dotar a España de una posición decisiva en la nueva Europa, pero nuestra industria no se encontraba en condiciones de construir por sí sola buques de guerra modernos de cierta calidad.

Se iniciaron, en consecuencia, conversaciones con la industria italiana para la construcción de acorazados *Littorio*, pero las vicisitudes de la guerra detuvieron el programa naval español y el esfuerzo nacional, sin la cooperación extranjera, se centró en la modernización y reparación de las unidades existentes. Por contraste, las fuerzas aéreas se habían desarrollado como consecuencia de su utilización masiva durante la Guerra Civil. La ley de 9 de noviembre de 1939 creó el Arma de Aviación y, posteriormente, el 17 de octubre de 1940 se organizó el funcionamiento de las diferentes regiones y zonas aéreas. En esos años, España contaba con unos quinientos aviones, más unos trescientos en fase de finalización en fábrica. Pero la situación de bloqueo aliado y la dependencia técnica del Eje impidieron la renovación del material existente, quedándose poco a poco desfasado.

Debe tenerse en cuenta que, durante esos seis años, la aviación mundial evolucionó rápidamente. Ante esa dificultad, los mandos desearon hacerla frente a corto plazo mediante la fabricación, bajo licencia alemana, de cuatro tipos de aviones: bombarderos, cazas, transporte y prácticas. Los fusilajes serían fabricados en España y los motores en el III Reich pero, al extenderse el conflicto temporal y geográficamente, los problemas de abastecimiento de los alemanes, introducidos en una guerra total, hicieron fracasar el proyecto. A todas luces quedaba claro que, desde un punto de vista estrictamente militar, no resultaba aconsejable la entrada de España en la guerra según recabó el propio Carrero Blanco en un documento esencial que el ministro de Marina elevó a Franco, el cual los historiadores han tildado como «*Los 21 puntos*». Pero el temor a la misma, la posibilidad de ese hecho, fuera por presiones interiores o exteriores, se mantuvo durante años.

Lo cual no debe olvidarse a la hora de analizar la historia de los españoles durante esos conflictivos años. En el siglo XX, muchos estudios sobre la

posición de España durante la Segunda Guerra Mundial redujeron la misma a la famosa entrevista de Hendaya como punto álgido. Sin embargo, la historiografía del siglo XXI ha demostrado cómo existió una actividad diplomática española, muy intensa, anteriormente al 23 de octubre de 1940, y posteriormente a esa fecha acontecieron multitud de circunstancias, hechos, giros y vicisitudes que impiden resumir la posición al encuentro entre Franco y Hitler en esa localidad francesa<sup>13</sup>. Asimismo, se han reactivado los estudios sobre la participación militar española en el frente ruso<sup>14</sup>, tema que centra el capítulo de Ricardo Colmenero analizando la visión que el cine ha ofrecido sobre la misma. Por otra parte, no sólo resulta interesante indagar la perspectiva oficial e institucional española, sino también investigar cómo la Segunda Guerra Mundial incidió en la vida de numerosos de sus habitantes, desde múltiples puntos de vista.

El presente volumen, por ello, trata de continuar la senda iniciada ya con *España y la Segunda Guerra Mundial. Otra visiones del conflicto* (2014), según referimos al comienzo de esta presentación, con las variantes metodológicas aludidas, donde se expusieron estudios sobre la participación militar, las complicaciones diplomáticas y los efectos de la guerra en algunas minorías de la retaguardia española y europea. En esta ocasión, los participantes hemos decidido centrarnos en el impacto que el conflicto mundial provocó en la vida política de los españoles –como las aportaciones de Antonio Moral sobre los carlistas y la de Álvaro de Diego sobre los falangistas–, en la participación femenina en las fuerzas que fueron al frente del Este, analizando igualmente los recuerdos, materializados en memorias– como las de un joven profesor universitario en la Roma bombardeada por los aliados, analizadas

---

<sup>13</sup> Cabe recordar las aportaciones de S. G. PAYNE, *Franco y Hitler*, Madrid, La Esfera de los libros, 2008; M. ROS AGUDO, *La guerra secreta de Franco, 1939-1945*, Madrid, Crítica, 2002 y del mismo autor *La gran tentación. Franco, el Imperio colonial y los planes de intervención en la Segunda Guerra Mundial*, Madrid, Styria, 2008; E. SÁENZ-FRANCES, *Entre la antorcha y la esvástica. España durante la Segunda Guerra Mundial*, Madrid, Actas, 2011; L. E. TOGORES, *Muñoz Grandes*, La Esfera de los libros, 2007; M. THOMAS, *La batalla del Wolframio. EE. UU. y España de Pearl Harbor a la Guerra Fría (1941-1947)*, Madrid, Cátedra, 2010; R. WIGG, *Churchill y Franco. La política británica de apaciguamiento y la supervivencia del régimen, 1940-1945*, Barcelona, Planeta, 2005.

<sup>14</sup> Destacan los análisis de X. MORENO, *Legión azul y Segunda Guerra Mundial*, Madrid, Actas, 2014; M. PÉREZ y A. PRIETO, *Legión española de Voluntarios en Rusia*, Madrid, Actas, 2014; F. TORRES, *Soldados de hierro*, Madrid, Actas, 2013; P. SEGARRA, *Capellanes en la División Azul*, Madrid, Actas, 2012; S. FONTENIA, *Los combates de Krasny Bor*, Madrid, Actas, 2012; G. DÍAZ DEL RÍO, *Los zapadores de la División Azul*, Madrid, Actas, 2011.

por Antonio Cañellas— y la literatura que derivó de la experiencia vivida en vanguardia o en retaguardia, así como las representaciones que la cinematografía ha realizado de la División Española de Voluntarios que fue enviada a combatir contra los soviéticos.

Unos autores pertenecen al Grupo de Investigación de la Universidad de Alcalá de Henares «*Historia Política de la España Contemporánea*» (referencia CCHH2012/F44) mientras otros fueron invitados a presentar una ponencia en el III Seminario España y la Segunda Guerra Mundial que el citado grupo de investigadores organizó entre el 23 y el 24 de febrero de 2015 en la Universidad de Alcalá. Ellos saben que, como escribió Cervantes en su obra inmortal, resulta «*grandísimo el riesgo a que se pone el que imprime un libro, siendo de toda imposibilidad imposible componerle tal que se satisfaga y contente a todos los que le leyeren*». No obstante, todos esperan que el lector abra este volumen con expectación y lo cierre con fruto.

*Antonio Manuel Moral Roncal  
y Francisco Javier González Martín*